

## ENSAYO

# SIGNIFICACIÓN DEL MITO EN LA LITERATURA LATINOAMERICANA

Jaime Valdivieso \*

El autor examina la presencia del mito en la creación literaria latinoamericana, afirmando que constituye, asimismo, la otra cara de la utopía.

Los mitos, se señala, son parte de la cultura mestiza, de la identidad espiritual e histórica, del imaginario y de la fe siempre latente en un futuro mejor. De ahí que en las letras latinoamericanas el mito no sea sólo un recurso literario para elevar el nivel de significación de las ficciones o poemas, sino que está enraizado como visión del mundo, visión religiosa del universo en las culturas precolombinas.

Hoy casi nadie desconoce que el descubrimiento de América llevaba en sus entrañas la búsqueda y posibilidad de las utopías. Pero, quizás muy pocos habrán pensado que la utopía conlleva, a la vez, el mito. La utopía: un mito al revés, proyección, anhelo, en lugar de nostalgia. Y ambos son igualmente una necesidad y una conformidad: gracias a ellos, escapamos a los terrores de la cotidianidad, de la historia y conocemos el

\* Escritor chileno y profesor de literatura española y latinoamericana. Autor de novelas, poemas y ensayos; entre sus obras pueden mencionarse los poemas *Infancia* y *Estío* (México: Villicana, 1984), la novela gótica *Las Máscaras del Ruisenior* (Madrid: Ed. Alfaguara, 1981) y *Centro de Gravedad. Cuentos Breves, Menos Breves, y Brevísimos* (Santiago: Atenea, 1989).

sentido transubjetivo, trascendente de la vida: el arquetipo, la estructura básica y general de la existencia.

Pero América latina, sobre todo en estos momentos, próxima a un nuevo fin de siglo, pareciera estar en el ocaso de las utopías. La modernidad, la tecnología, el fracaso de los sistemas supuestamente humanistas y justos, le han asestado un duro golpe. El pensamiento práctico, la tecnocracia, parece ser el sustituto de los sueños. ¿Qué nos queda entonces? Bueno, los mitos, puesto que, a su vez, implican una utopía. Lo que fue bueno, hermoso en el pasado, ¿no podría repetirse?

América latina continúa siendo fuente de mitos, a pesar del perfeccionamiento de la vida urbana, de sus grandes capitales: Buenos Aires, Sao Paulo, Ciudad de México, Caracas, Santiago de Chile. Seguimos siendo un continente a medio hacer, que busca ansioso nuevas formas políticas, morales, sociales, renovadas formas artísticas. Continuamos habitando un espacio, aún no enteramente desbastado, con fuerte influencia de las culturas indígenas, donde la extensión y el tiempo se viven de otra manera. "Tiempo Mexicano", llama Carlos Fuentes a uno de sus libros de ensayos en que considera estos factores. La cosmovisión indígena supone un tiempo circular, reversible, generador de vivencias rituales, mágicas y míticas parte de nuestra realidad y de nuestra tradición, que se expresan en el arte, especialmente en la literatura, tanto en la poesía como en la narrativa.

Para el propósito de este ensayo nos interesa el significado del mito como verdad esencial, tal como lo concibe Mircea Eliade, opuesto a la acepción de mito como mentira o fantasía en su sentido corriente. Y también como una manera de concebir la realidad y la vida, de descubrirla y comprenderla en la literatura. Son también importantes, en este aspecto, las investigaciones del sicólogo Carl Jung. Para ambos el mito representa lo contrario de la historia, del acontecer lineal, irreversible, propio de la idea cristiana occidental del progreso. Lo mítico vendría a ser así una huida de la historia, pero una huida que es también regreso, vuelta al pasado más lejano y originario del hombre, anterior al "logos", a la "racionalidad"; por lo tanto, una vía para alcanzar las estructuras más primitivas y profundas de la existencia.

El hombre primitivo, el creador de las civilizaciones indígenas americanas maya, quechua, mapuche, guaraní, azteca, aimará etc., vive en el mito; todos los acontecimientos, aun los más nimios de la vida diaria, como la pesca, la caza, la cosecha, el nacimiento, la muerte, tienen un carácter reversible, y cada vez que los realiza repite un rito, una ceremonia original, instaurada por sus antepasados en *illo tempore*. Y algunos hechos que afectan a la comunidad como las catástrofes: terremotos, huracanes y

otras formas devastadoras de la naturaleza, las asume como destino y "fatalidad". Octavio Paz, hablando de las culturas precolombinas de México se refería a las Edades del Tigre, del Leopardo, de la Serpiente, las que terminan siempre con la desaparición de una civilización, para dar paso a un nuevo período: ciclos destinados a desaparecer y renovarse.

El hombre moderno, por otra parte, con fe y esperanza en el "progreso" y en el avance incesante de la historia (concepto transparente en toda la obra de Hegel), necesita crear y recrear mitos; con ellos alimenta su imaginación y sus sueños; a través de ellos trasciende y combate la historia, la sequedad y el vacío del diario vivir. De aquí que transforme en mito las ciudades, muchos acontecimientos, objetos materiales y culturales, las ideas políticas y religiosas, los astros del deporte y del cine, sus propios anhelos y fantasías. Todos estos tienen algo en común, como lo vio Eliade:

Porque es importante, subrayar este hecho es, sobre todo, analizando la conducta del hombre moderno con respecto al tiempo, cómo podemos penetrar los disfraces de su conducta mítica.<sup>1</sup>

Pero no perdamos de vista la utopía. ¿No significa igualmente ésta una salida de la historia, un arquetipo de comunidad, de sociedad, de país ideal? ¿No es acaso la utopía un mito invertido, una Edad de Oro, una fuente de Eterna Juventud, un El Dorado, una Ciudad de Los Césares, proyectados hacia el futuro? Ambos: mito y utopía son, entonces, como el rostro de Jano: un ojo hacia adelante y el otro hacia atrás, uno al futuro y el otro al pasado. Y la literatura se alimenta de ellos, y a la vez alimenta los ideales eternos del hombre.

La poesía, cuyo origen, como lo vio Giambattista Vico<sup>2</sup> y más recientemente Heidegger,<sup>3</sup> se confunde con el origen mismo del lenguaje, su asimilación al mito es doble, por sus temas: el amor, la muerte, la transitoriedad del tiempo, la nostalgia de lo irrecuperable, *ubi sunt*, el destino, como por hacer del lenguaje, que es "temporal", una categoría "intemporal". Octavio Paz considera que "poemas y mitos coinciden en

<sup>1</sup>Mircea Eliade, *Myth, Dreams and Mysteries* (New York: Harper and Row, 1963) pp. 35-36.

<sup>2</sup>Giambattista Vico, *The New Science* (New York: Cornell University Press, 1968) p. 159.

<sup>3</sup>Martin Heidegger, *Arte y Poesía* (México: Fondo de Cultura, 1958).

trasmutar el tiempo en una categoría temporal especial, un pasado siempre futuro y siempre dispuesto a ser presente, a "presentarse".<sup>4</sup>

Y Mircea Eliade nos da una vez más la clave de la unión de poesía y visión primitiva, genésica, anterior a todo "logos", propia de las culturas indoamericanas: "Desde un cierto punto de vista se pudiera decir que todo gran poeta "rehace" el mundo, ya que trata de verlo como si no existiese el tiempo ni la historia. En esta actitud se asemeja extrañamente al "hombre primitivo".<sup>5</sup>

¿Y no son fundamentalmente míticos en este preciso sentido el mismo Octavio Paz, Gabriela Mistral, Neruda, Huidobro, Borges y Vallejo, en su mayor parte o, al menos, en su obra fundamental?

Es, sobre todo, en la narrativa donde hallamos precisamente el imaginario de un mundo siempre mejor, alternativa de la sociedad impersonal, tecnificada y alienante en que vivimos. Y este mundo deseado y deseable se da especialmente en el mito, constante generador de ideales y alimento de la memoria e identidad. En especial, nos referimos a los mitos de fundación: fundación de ciudades más humanas y más justas, que recrean en el mundo de la palabra los narradores latinoamericanos, quienes, aun en el más atolondrado vuelo de la fantasía, jamás pierden de vista la contingencia. Carlos Fuentes al referirse a la necesidad de asumir el pasado, hablando de Bernal Díaz del Castillo, dice:

Esta melancólica admisión del pasado, este recurso de la memoria en el alba del valiente mundo nuevo que poderosamente se proyecta hacia el futuro, fundan el derecho de Bernal para estar presente en nuestra propia modernidad latinoamericana: También nosotros deberemos recordar claramente o no tendremos futuro.<sup>6</sup>

<sup>4</sup>Octavio Paz, *Claude Lévi-Strauss o el Nuevo Festín de Esopo* (México: Joaquín Mortiz, 1967) p. 57.

<sup>5</sup>Eliade, *op. cit.*

<sup>6</sup>Citado por Ana Pizarro en *Cultura y Prospectiva: El Imaginario de Futuro en la Literatura Latinoamericana* (Caracas: Ed. Nueva Sociedad, UNITAR PROFAL, 1987). p. 64.

Según la investigadora Ana Pizarro "la imagen de la ciudad mítica en nuestra literatura nada tiene que ver con la noción de progreso entendida como acelerado desarrollo económico y tecnológico".<sup>7</sup>

Esta ciudad creada en el espacio de la narrativa, este anhelo siempre vivo del espíritu americano proyectado desde el pasado al futuro, o la premonición de una ciudad devastada por los peligros de la propia tecnología, aparecen ya a comienzos de siglo. Así, la novela breve de Vicente Huidobro *La Próxima*, donde imagina París intacto, pero con todos sus habitantes muertos a causa de una bomba. Años más tarde son frecuentes los novelistas en que el mito de fundación aparece con diferentes significaciones y modalidades. Por ejemplo la ciudad de Cómala en *Pedro Páramo*, poblada por almas muertas, las que, desde la muerte, recrean y hablan de la vida. "Santa María", en las novelas de Juan Carlos Onetti, que proyecta un angustioso mundo industrial suburbano, o "Santa Mónica de los Venados" en *Los Pasos Perdidos*, espejo de una ciudad donde no han llegado ni el oro ni el pecado:

El oro —dice el Adelantado— es para los que regresan allá; los hombres que allí viven sus destinos se contentan de cosas muy simples, hallando motivo de júbilo en la tibieza de una mañana, una pesca abundante, la lluvia que cae tras la sequía con explosivos de alegría de cantos y tambores.

Y, *last but no least*, García Márquez en Macondo de *Cien Años de Soledad*, donde supone un mundo justo y equitativo "al punto de que había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen tino que ninguna casa recibía más sol que la otra a la hora del calor".

Pero no sólo los mitos de fundación, tal vez los más significativos en nuestra América, aparecen en nuestra narrativa, sino se recrean, a su vez, los mitos clásicos greco-latinos, la Biblia u otras mitologías occidentales o indígenas, como en *Pedro Páramo*, donde Juan Preciado representa a Telémaco en busca de su padre, o bien a Orfeo o a Edipo, la pareja incestuosa Adán y Eva creando Cómala. Y Fernando del Paso la figura del destino absurdo de Palinuro en su novela *Palinuro de México*. Y José Donoso trasponiendo el dios chilote "Imbunche" al contexto urbano en *El Obsceno Pájaro de la Noche*, todas formas de alegorizar y universalizar los personajes y las situaciones.

<sup>7</sup>Ana Pizarro, *op. cit.*, p. 59.

Según Carl Jung "los arquetipos se dan más claramente en los mitos, los cuales en la antigüedad cumplían la misma función que el terapeuta en nuestros días, el de servir de pantalla en la cual proyectar los productos del inconsciente colectivo. La naturaleza de los arquetipos puede, por lo tanto, extraerse de los elementos básicos del drama mitológico".<sup>8</sup>

De acuerdo a Jung no sólo existen los personajes arquetipos (el héroe, el viejo sabio, etc.), sino temas arquetípicos (el amor, el odio, la fe), lugares (la caverna, el cruce de un río), argumentos (la persecución, la batalla, la búsqueda) y hasta estados de ánimo (tormentoso o sereno).

Estos arquetipos o mitos que no sólo se refieren a los personajes, sino a otros aspectos de una obra, son igualmente utilizados. La "persecución" aparece en *El Acoso* y en *Eloy* de Carpentier y Carlos Droguet, respectivamente; la "batalla" en *Paradiso* de Lezama Lima, en la escena en que combaten los estudiantes con la policía montada, y la "caverna" en *Rayuela*, traspuesto como el subterráneo al cual baja en ascensor el protagonista a su regreso a Buenos Aires.

La mejor prueba de madurez en la novela latinoamericana reside en el hecho de que muchos escritores han descubierto el valor del mito como manera de elevar sus temas y personajes. Thomas Mann, quien siempre tuvo una mirada serena y abisal para descifrar el alcance de la vida y de los hombres, consideraba el mito como signo de madurez del escritor: "Porque el mito es el fundamento de la vida, el esquema intemporal, la fórmula sagrada en la cual flota la vida cuando sigue las líneas del inconsciente. Por cierto, el día en que el escritor adquiere el hábito de considerar la vida como mítica y típica, su capacidad artística se expande notablemente, así como su poder perceptivo".<sup>9</sup>

Podría decirse que todas las obras que corresponden a la categoría del "realismo mágico" reflejan un mundo espiritual y cultural teñido por el mito, y donde lo ritual y lo mágico se hallan estrechamente unidos a éste.

Cuando se habla de que Latinoamérica no ha tenido historia, que ha existido como "objeto", más que como "sujeto", se señala uno de sus rasgos sobresalientes: la ahistoricidad y el carácter mítico de su acontecer.

Tanto nuestros antepasados indígenas como los españoles de la Conquista, no conocieron la historia como progreso. Los primeros vivían el tiempo cíclico, donde los acontecimientos naturales y sociales se repetían fatalmente. Los segundos, el tiempo inmóvil, teológico y litúrgico de la

<sup>8</sup>David Elkind, "Freud, Jung and the Collective Unconscious" *The New York Times Magazine*, octubre 1970. p. 96.

<sup>9</sup>Thomas Mann, *Essays* (New York: Alfred Knopf, 1957). p. 306.

Contrarreforma. Ambas influencias subyacen en la concepción de la realidad de nuestros pueblos.

La persona que le haya preguntado a algún campesino, en cualquier parte de América latina, por la distancia al lugar que buscaba, recordará que cuando éste le dijo que faltaba muy poco, que su meta estaba a la vuelta del camino o al otro lado de la loma, no fue así: faltaba muchísimo más. Sin embargo, el campesino no mentía, sólo estaba aplicando al espacio una noción de distancia recorrida "atemporalmente".

García Calderón, refiriéndose al conjunto de la historia latinoamericana, descubría con perspicacia que en "nuestra vida hay un *ricorso* que vuelve a traer, por sucesivas revoluciones, los mismos hombres, con las mismas promesas y los mismos métodos. La comedia política se repite periódicamente: una revolución, un dictador, un programa de restauración nacional".<sup>10</sup>

Aunque este fatalismo político empieza a ser desmentido por una conciencia cada día más aguda de la necesidad de un estado democrático, con pluralismo, libertad, fiscalización y derecho de crítica, la visión mítica es parte de la cosmología de nuestros pueblos. Basta una lectura atenta de *Tala*, de Gabriela Mistral, y se verá que el poema "Himno al Sol" no podría haber sido concebido sin una identificación plena con las culturas andinas.

Mito y Utopía: dos caras de una misma medalla, dos formas de ruptura con el tiempo histórico, dos maneras de instrumentar la realidad y los sueños que permiten recuperar lo más permanente del espíritu humano: el arquetipo. □

<sup>10</sup>F. García Calderón, citado por Samuel Ramos en *El Perfil del Hombre y la Cultura en México* (México: Espasa-Calpe mexicana, 1965) p. 25.